



Proyecto Anjana

AL ABRIGO DE UN

Tiene el sueño atrasado, y parte de su belleza mutilada. Cristina, que no es su verdadero nombre, ha ejercido durante más de 40 años el oficio de la prostitución, simultaneando el aire frío de las esquinas con los humos y las luces de color neón de los bares y clubes de alterne que envuelven y anuncian la complicidad de la noche.

Cansada de llevar la edad de la mano y de ver pasar la vida a golpes, Cristina, que decide esconder los años hasta donde puede, asomó por “La Anjana” para reclamar *“un poco de cariño y afecto de los demás”*, repite esta mujer, en voz baja, mientras repasa con la plancha, y con esmero, las costuras de una bata blanca en uno de los talleres del proyecto. Aquí aprendió a leer. A escribir. A restar y a sumar. A tener confianza en los demás. El pasado ya es historia. Como también lo son el carmín en sus labios, los centímetros de sus tacos-

nes, y el perfume tatuado en la piel que exige la clientela.

“No es fácil que te admitan allá donde vas. No sólo se trata de que la sociedad te acepte, es necesario que una misma supere el miedo al rechazo. Pero –insiste– no es fácil. Es como ir pidiendo perdón todos los días”. Recuerda que hace un tiempo acudió al reclamo de un anuncio del periódico que demandaba una empleada doméstica, y la sorpresa fue superlativa cuando reconoció en la persona que le abría la puerta a uno de sus clientes. *“Sentí tanta vergüenza que me di la vuelta y bajé las escaleras de tres en tres”*.

Cristina fue empujada a la prostitución por su marido, a una edad temprana. *“A los 17”*, comenta. Es consciente de haber sido utilizada casi siempre. Explotada primero y señalada después. *“Culpable, sin más”*, afirma esta mujer, quien, a pesar de la du-

Texto y fotos:
JAVIER RODRÍGUEZ
GÓMEZ

El Proyecto Anjana es una apuesta de Cáritas Diocesana de Santander, que nace para dar respuestas a un amplio colectivo marcado por los dominios de la prostitución en el *barrio chino* de la capital. Muchas de las 500 mujeres que han pasado por este programa –que ya ha cumplido la mayoría de edad– han encontrado su sitio en la sociedad

N-HADA



reza que se dibuja en sus facciones, insiste en que no esta reñida con la vida.

UN RINCÓN PARA EL ENCUENTRO

“La Anjana” nace en Santander en 1987 como centro de atención a la mujer marginada, por iniciativa de Cáritas Diocesana, y en coordinación con las religiosas oblatas. “Fue una respuesta a la necesidad de atender a la prostitución femenina marginal que se ha venido estacionando durante décadas en el *‘barrio chino’* de la ciudad”, dice María Luisa Marchueta, actual responsable de un proyecto que tiene su sede en la Cuesta de Garmendia, y que cuenta con financiación de distintas instituciones, entre las que está la Obra Social de **Caja Cantabria**.

El programa incluye distintas áreas de intervención social. Desde el taller terapéutico-ocupacional, que brinda técnicas de aprendizaje para la

▲ *“La Anjana” nació para atender a la prostitución femenina. En casi dos décadas, el hilo y la aguja han rescatado a muchas mujeres de la marginación social.*

confección textil, hasta un aula donde se vienen impartiendo conocimientos académicos y culturales en distintos niveles, además de asesoramiento jurídico, y atención sanitaria y psicológica. La estancia media de las mujeres es de cinco años, aunque en ocasiones se prolonga, dadas las secuelas físicas y psíquicas de una vida anterior. “Pero, ante todo, *‘La Anjana’* pretende ser un espacio abierto que se ofrece a todas estas mujeres ambientadas en la exclusión, para que puedan ser ellas mismas y sentirse protagonistas. Un lugar donde se les escuche de manera incondicional. Sin juzgar a nadie por su procedencia o pasado”, aclara Loreto Novoa, coordinadora de los programas sociales de Cáritas.

Pero, si hay un verdadero aliento que ha ido esculpiendo “La Anjana” desde sus inicios, ese es el de Begoña Larizgoitia, una voluntaria que ha dejado los últimos 18 años en el empeño. Todavía hoy le





quedan arrestos para seguir recorriendo las heridas de la noche, y tender una mano a las escasas mujeres que viven de la prostitución en un céntrico barrio que se cae a pedazos, y desde el que se divisa, como en un escaparate, el Ayuntamiento de la ciudad.

“Siempre hemos estado ahí. Para lo bueno y para lo malo. Visitándolas desde el primer día. Entrando en los bares y hablando con ellas en los portales para ofrecerles una alternativa. Cuando han caído enfermas hemos acudido junto a ellas, y a muchos

▲ Las secuelas físicas y psíquicas se marcan en los rostros y en las miradas.

▼ El miedo al rechazo de la sociedad está presente entre ellas.

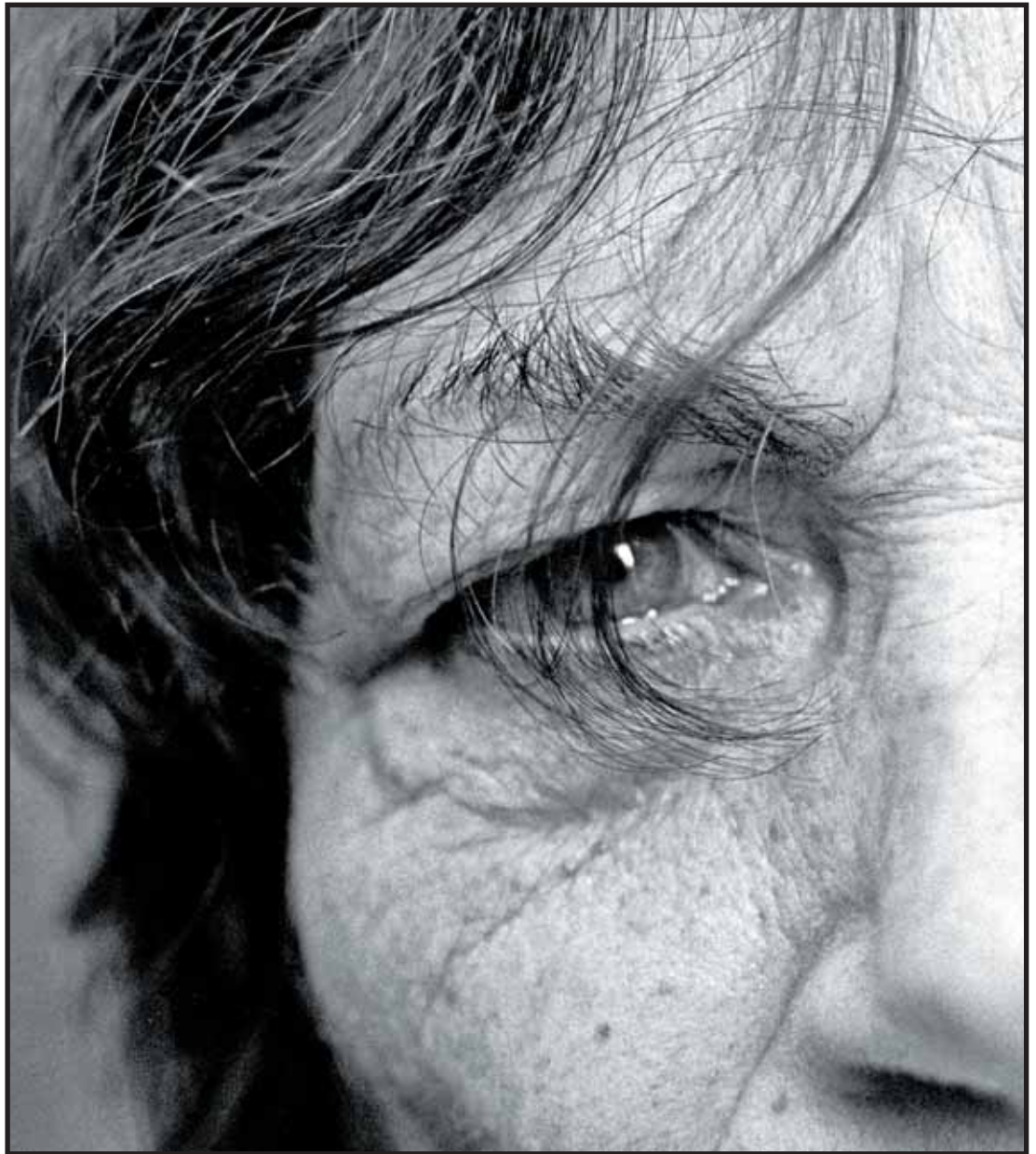
de sus hijos les escolarizamos. Durante estos años han pasado por aquí más de 500 mujeres. Ahora la mayoría de las que llegan son inmigrantes, y al día de hoy no podemos disimular nuestra alegría cuando una nueva cara llama a la puerta”. Alegría que traspasa despachos cada vez que alguna de ellas accede a un puesto de trabajo en el mercado laboral.

Julia se presentó en el centro de la mano de Beña. Es una de las abuelas del programa. Llegó subida en unas zapatillas. Con la mirada entre las



*A pesar de la dureza ▶
que se refleja en las
facciones, reconocen que
no están reñidas con la
vida.*

*▼ El céntrico barrio
santanderino que las acogió,
escenario de la novela de
Pereda “Sotileza”, alberga
también ahora al Proyecto
Anjana.*

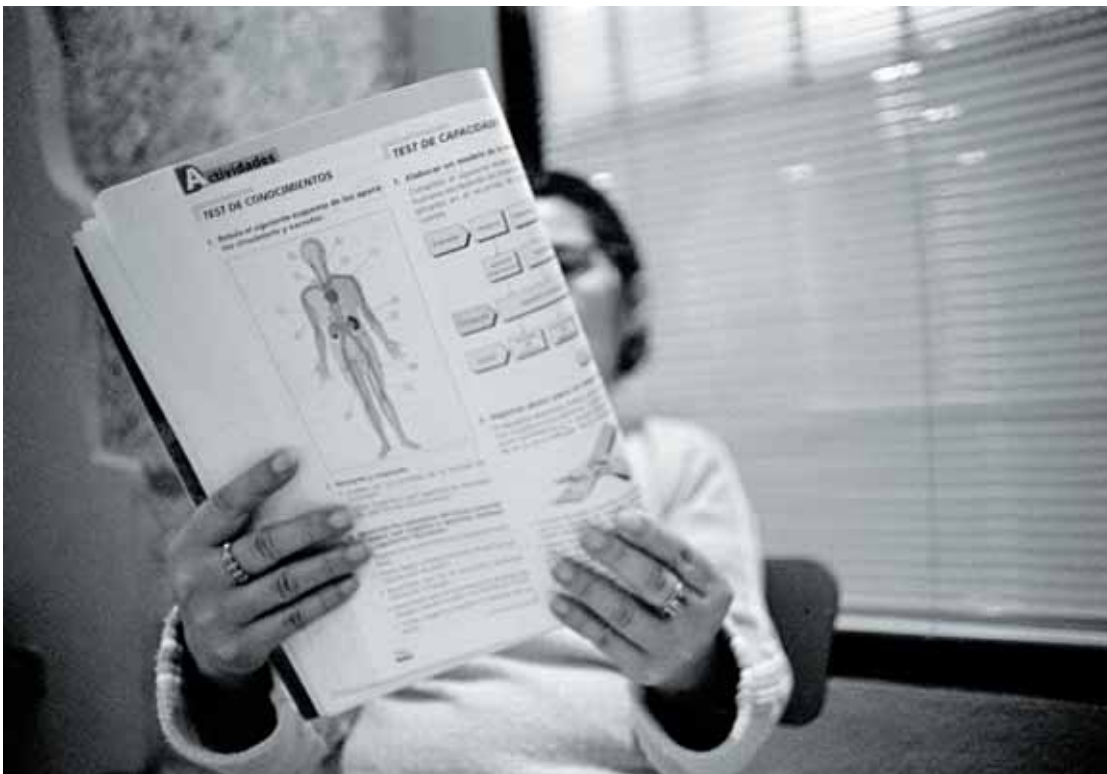


piernas y la desconfianza propia de quien sólo conoce la noche y poco más.

Apartada de la prostitución, sus ingresos se reducen a la beca que recibe por las horas de trabajo que pasa en el taller de confección, y a una pensión no contributiva. Tiene 3 hijos, y media jornada la dedica por completo a uno ellos, atrapado por las drogas desde hace 12 años. Confiesa que le cuesta escapar a las fatigas de final de mes, pero no dejaría su tarea por nada del mundo. Sólo hay que prestar atención al ritual que utiliza para ir doblando las prendas: acaba por convertirlo en arte. Julia buscaba una nueva reputación. Y la encontró: “Soy ya mayor para conseguir trabajo ahí afuera, pero al menos aquí encontré un respiro a mi pasado. Otra forma de ver y entender la vida. Ha sido como volver a empezar”, aclara mientras enciende un cigarrillo a la entrada del local.

“Es una persona entrañable, como el resto. Son todas un encanto”, señala Rosa Lanza, que no sólo es su monitora sino también su confidente. “Aquí





▲ *En el taller de confección.*

◀ *Siempre hay un tiempo reservado para el estudio y la cultura.*

vienen tres veces por semana, y por espacio de cuatro horas. Ahora hay 36 mujeres, que se reparten en turnos de mañana y tarde. No sólo deben aprender y realizar sus tareas. Todas son conscientes de que la puntualidad y la superación diaria es una de las máximas del programa. Y al principio les cuesta, porque llegan de un ambiente en el que orden y desorden obedecen al mismo patrón. Pero pronto se dan cuenta de que es imprescindible adquirir unos hábitos que la sociedad les va a pedir más adelante”, puntualiza esta tutora a la que no le faltan admiradoras, y que se entrega por completo a cada una de sus alumnas.

CICATRICES EN LA SOMBRA

Adelina también se considera una “mujer Anjana”, el hada buena y protectora de la mitología cántabra. El destino se ha encargado de interrumpir una a una las ilusiones de esta mujer, que ya dejó atrás los 50. Ha crecido sin tejer fantasías. Sin universo a la vista, y bajo la arquitectura de los internados. Jamás ha ejercido la prostitución, pero el ambiente en el que dejó caer los dientes de leche siempre estuvo dominado por las atalayas del *barrio chino*. Pasó media infancia cruzando el paso entre las miradas de extraños y las ocupaciones de una madre que recibía en el domicilio particular. “Era muy duro ver desfilar a unos desconocidos por tu propia casa. Tenías una rabia permanente que no te permitía sentir como al resto de los niños. La falta de afecto te pasa factura con el tiempo”, apunta Adelina, que jamás ha disfrutado de la inocencia ni ha visto pasar la juventud de cerca. Llegó a “La Anjana” hace 10 años, buscando lo que nunca tuvo y siempre echó en falta. Ahora compagina el trabajo en el taller con sus estudios de 4º de la ESO. Le gusta escribir, lee por los codos, y nada más entablar conversación muestra, sin querer, sus dotes periodísticas.

La mayoría de las personas que llegan a “La Anjana” ya han sido juzgadas y torturadas en nombre de la moral. Son mujeres sin rostro. Sacadas de un ambiente en el que no existe autorización para la queja ni aprobación para llorar. Madres “sin permiso”, de las que acaban asumiendo el papel de padres también. Mujeres con las cicatrices al aire, expuestas a la enfermedad y a los caprichos. A la vejación permanente de un público que no entiende de reparos ni límites. Siempre dispuestas. Un colectivo desfavorecido que no posee nada. Que son pobres incluso para pedir. Ninguna de ellas llegará a tocar los cielos de Teodora de Bizancio, la que fuera primero prostituta y luego emperatriz, pero, al igual que ella, han venido confirmando que es posible salir de los contornos de la prostitución. “Que es posible desmontar lo vivido y volver a empezar”. Si se les permite, claro está. ■

La voluntaria ▶
Begoña Larizgoitia, artífice del proyecto.

Pilar, una de ▶
las hermanas oblatas que ayudan a estas mujeres.

La monitora ▶
Rosa Lanza con algunas de sus alumnas del taller.

